

AÑORANZA

Después de una larga, fría y ventosa noche, ciertamente desapacible, había despertado un día prometedor.

Se colaban los primeros rayos de sol entre los árboles del patio, abatidos toda la noche por el viento. Juguetón, uno de los rayos, se asomaba entre una ranura de las cortinas de crochet que tapaban los cristales de la ventana del heredado dormitorio del muchachito que lo ocupaba.

Al avisado niño, con sus enormes ojos negros, abiertos a la vida, le gustaba dejar abiertas por la noche las contraventanas, porque desde su cama se deleitaba contemplando las estrellas y buscando constelaciones que, en su imaginación, le transportaban a sitios fantásticos y maravillosos.

Se levantó perezoso, medio adormilado, hurgando sus ojos para despojarse de las molestas legañas. Calzó sus animadas zapatillas de dibujos de historietas, con tan mala suerte que tropezó en la alfombra medio deshilachada y dando un traspíe, se abalanzó contra la ventana.

Con una mano se agarró como pudo a una de las contraventanas y con la otra al viejo armario de madera oscura y tallada, con un espejo en la puerta, salpicado de manchas negras que denotaban el paso del tiempo. En fin, que el golpe no fue mucho, pero sí bastante doloroso por la expresión de su rostro.

Repuesto de su tropezón, se puso frente al espejo y con melancolía, recordó a la abuela frente a él, peinando su pelo cano. Mojaba el peine, al que le faltaban dos o tres púas, en una palangana con agua. De vez en cuando humedecía con saliva dos de sus dedos para, mechón a mechón, elaborar una larga trenza que recogía con destreza en un moño bajo. Seguidamente, con sumo cuidado, como si de un ritual se tratara, acomodaba su gastado pañuelo negro sobre su cabeza.

No pudo evitar que una nostálgica lágrima, discurriese por su mejilla sonrosada. Se entreabrió la puerta del armario y se escapó un desagradable olor a humedad. Recordó que la abuela colocaba pequeños saquitos de tela con arroz dentro del mismo, colgados de las perchas de madera. Asimismo, colocaba limones y a veces manzanas, para batallar contra el mal olor.

Volviendo a la realidad, corrió las cortinas para asomarse a la ventana. Aquellas cortinas las había tejido la abuela, uno de los muchos, duros y fríos inviernos, que asolaron el pueblo.

Al amor de la lumbre, durante las crudas tardes invernales, no faltaban las tertulias en la enorme, acogedora y confortable cocina de la abuela.

Después de acabar la faena se sentaba en su desgastada mecedora de mimbre. Desde ella lideraba el grupo de unas cuantas mujeres del pueblo que se reunían para hacer labor y de paso ponerse al día con el despliegue de noticias que cada una llevaba.

Metían y sacaban la aguja con cierto brío, el mismo brío que llevaba su lengua contando los cotilleos de la vecindad.

De vez en cuando, un receso en la tarea y pandereta en mano, se atrevían con una canción

Unas cuantas risas picaronas unidas al chismorreo, impregnaban el ambiente caldeado de la estancia.

El abuelo, estaba sentado al otro lado de la cocina, en una mesa cubierta por un hule al que le delataban la edad sus dibujos desvanecidos.

Los compadres de las mujeres jugaban una partida de mus, que por las voces parecía muy reñida.

Las cartas, algo mugrientas por el resobe de las manos, bailaban en la mesa de ronda en ronda. En el centro unos cuantos garbanzos para apostar, brincaban cuando alguno de los jugadores se exaltaba, por su golpe de suerte con algún lance.

Una voz atronadora de mujer enfadada, arremete contra los ruidosos jugadores, lanzándoles un grito, que hace temblar hasta los chorizos colgados en los varales del techo.

Así tembló el muchacho, cuando una voz desde la cocina le avisa que el desayuno se enfría. La misma voz que le devuelve a la realidad, dejando aparcadas, de momento, sus añoranzas.

Seudónimo: *Amanecer*